

SERIALES MÉDICOS



Por Julián Granado

Lo confieso. Yo estudié medicina, entre otras razones menores, por imitar al doctor Gannon.

De hecho, la actual nómina de médicos en ejercicio se compone de sucesivas generaciones de imitadores vocacionales. Los más veteranos pertenecen al antiquísimo club televisivo en blanquinegro del doctor Kildare. Promociones colegiales más recientes son los que siguieron, sábado tras sábado en la cadena única, los casos de Marcus Welby, médico de pueblo. Ya verdaderos pipiolo, aquellos que se aficionaron a la medicina aventurera que practicaba un pintoresco doctor en Alaska. Y no me olvido de que sus adeptos los tenía el mismísimo doctor Kimball, pediatra de pro antes de convertirse en *Fugitivo*, empeñado en la búsqueda del manco misterioso que asesinó a su esposa.

Y es que, en Norteamérica, en cuanto las antenas detectaban un desmayo de las vocaciones, la Administración se sacaba de la manga un superhéroe de bata blanca. La fórmula planificadora (que décadas después aún no ha caído entre los estratagemas del Ministerio de Sanidad español) era de efectos inmediatos. No solo porque surtía de carne fresca a las facultades de Medicina, sino porque el tema encontraba siempre una rentable audiencia de pantalla. Recuerdo un episodio de *Dallas* que llevaba el patético título de "Mastectomía", y otro de *Falcon Crest* en el que un neurocirujano le abría la cabeza a Maggie, con los dedos temblando de amor imposible.

Médicos de película... Siempre dibujados con invariable trazo grueso, que quizás coincidía con la inmutable naturaleza de su oficio. Hombres de ciencia y mirada limpia. Buenos sufridores para dar ejemplo, al tiempo que rebeldes para pelear por las vidas que ponían en sus manos.

Un poco aprendices de brujo, es cierto. Aunque, como diría Machado de la pureza, "¿qué más se les puede pedir a los buenos hombres?".

Aquellos médicos de serie televisiva, un tanto planos, un tanto carentes de vida personal a los ojos de sus pacientes, le enseñaron a mi generación la ética inmemorial de nuestro oficio. Sin grandes pretensiones, y sin grandes contradicciones tampoco.

Empecé a intuir, sin embargo, que algo crucial estaba cambiando cuando descubrí a Richard Chamberlain, antaño un jovenísimo Dr. Kildare, haciendo de cura libidinoso en *El pájaro espino*. Ya maduro, el ayudante del Dr. Welby cambió el fonendoscopio por la dirección del Saint Gregory, un exclusivo hotel neoyorquino. Y en la versión cinematográfica del *Fugitivo*, el manco trabajaba ahora para una

trama de laboratorios envenenadores de arterias.

A nivel nacional, me tranquilizó no obstante el hecho de que, si bien un tanto ñoño, el inocuo doctor Milikito no atentaba en *Médico de familia* ni contra la razón ni contra la Salud Pública.

Y entonces llegaron ellos. Dándose el relevo por temporadas, para que ninguna cadena se librara del acoso y el disparate. "Urgencias", "Hospital Central", "MIR", "Anatomía de Grey", "The Good Doctor"... Muestrarios de enfermeras arribistas, facultativos neuróticos, cirujanos estresados, celadores bufonescos, residentes autistas... ¿Y qué?, me pregunto, ¿dónde está la gracia? ¿Acaso cree la gente que el personal sanitario no tiene vida privada, y miserias y conflictos? ¿Nadie ha pensado que el cardiólogo que le hurga en el corazón puede estar atravesando esa mañana una espantosa crisis

emocional? ¿O separándose a las bravas?

No. Lo irritante no es la descarnada exhibición de interioridades, cuya humanidad escama más que tranquiliza a los pacientes, sino el falseado tratamiento que se le da al telón de fondo. Porque la práctica médica real no se parece ni por asomo a la que divulgan los seriales médicos. Seriales que en su mayoría contribuyen a la desin-

formación y crean falsas expectativas entre ciertos sectores de la población, suficientemente ingenuos como para confundir la ficción con la realidad. Son productos televisivos que, más que promocionar la salud, están creando verdaderos problemas de salud.

Como ya podrán ustedes suponer, el paradigma de todas estas aberraciones lo personificaría el célebre Dr. House. Me pregunto por qué le atribuyeron al personaje

la profesión de médico internista. A mí se me parecía más bien (con perdón de los aludidos) a un inspector de hacienda, un inclemente cerrajero de guardia, un inaccesible teleoperador o un cruel maestrillo: cualquiera de esas terribles caricaturas de oficios injustamente considerados azote y cauterio de la especie humana. Pero a los que esta, debido a tan mala fama, solo a regañadientes confiaría su preciosa salud.

Sí, el mundo cambia. Y los seriales médicos no se libran seguramente de esos cambios, que los impregnan de una suerte de culpable morbo, a imagen del malestar impreciso que ronda a nuestra civilización.

Vivimos tiempos cínicos e impuros, sí, y eso trasciende al ejercicio de la medicina. Pero a mí que me den la pureza televisiva, en blanco y negro, del Dr. Gannon.

Julián Granado es médico estomatólogo y escritor.



Imagen de la serie "Anatomía de Grey"